

No sé qué cosa extraña se apoderó de mí cuando decidí realizar una investigación sobre los misteriosos hechos de Eliphas Snodgrass aquel invierno del '39. Hay cosas que es mejor que nadie sepa, y hay misterios que deberían permanecer para siempre ocultos al conocimiento mortal. El paradero de Eliphas Snodgrass durante el otoño del '39 y el invierno que siguió se encuentran entre estas cosas. Ojalá hubiera tenido la fuerza para refrenar mi curiosidad.

Escuché por primera vez de Eliphas Snodgrass cuando estaba visitando a mi tía Eulalia Barker, en su casa en East Arkham, en los distritos traseros de Massachusetts. Era un terreno olvidado, oscuro y sombrío, en una región entre las más antiguas de América, no solo en el origen de sus colonos blancos (sobre todo los que desembarcaron del Nancy B., en 1647, comandado por el empañado por el tiempo capitán Hugh Quinge, de quien poco se sabe excepto que se cree que era parte hindú y que se casó con una chica irlandesa de Cork en circunstancias misteriosas), sino también en otras tradiciones antiguas. Mi tía Eulalia era una solterona bastante agradable; estaba relacionada conmigo por parte de mi madre, siendo mi madre una Barker de Bowser, un pequeño pueblo de pescadores poco conocido.

Eulalia (se había mudado repentinamente de Bowser, hacía muchos años, en circunstancias que nunca se aclararon) había entablado una amistad pasajera con la familia Snodgrass, que ocupaba la vieja y tranquila mansión Crombleigh al otro lado de West Arkham.

Sobre cómo había conocido a la señora Snodgrass, mi tía se negaba a hablar.

No obstante, me había alojado en su casa mientras realizaba mis estudios en la famosa biblioteca de la Universidad de Miskatonic, ubicada en Arkham, apenas tres semanas antes de que ella mencionara a Eliphas Snodgrass. Me habló de él en tono preocupado; parecía reacia a hacerlo, pero confesó que la madre de Eliphas (que debe haber tenido sangre asiática) le había pedido que me comunicara sus preocupaciones.

Como ellos me conocían por mi investigación académica en el reino de las mitologías antiguas, ella me tenía por un erudito. Parecía que Eliphas Snodgrass había estado actuando de manera extraña. Esto no era nuevo, como supe más tarde; sólo que su rareza había dado un giro curiosamente inquietante.

Eliphas Snodgrass, como supe de mi tía y de otras investigaciones posteriores, era un joven de unos 27 años: alto, delgado, demacrado, de semblante bastante austero, vagamente moreno (probablemente una herencia de su padre, Ezequías Snodgrass,

que tenía fama de tener sangre africana por parte de su madre) que se entregaba a largos períodos de meditación. En otras ocasiones, era normal y casi alegre (tanto como cualquier otro joven de Arkham), pero había períodos en los que, durante semanas, se encerraba en sus habitaciones y permanecía terriblemente callado.

De vez en cuando se podían escuchar ruidos extraños saliendo de sus habitaciones: cantos extraños y conversaciones inusuales. De vez en cuando, la casa sufría un paroxismo de terror con chillidos sobrenaturales y un aullido que normalmente se interrumpía de forma abrupta y terrible. Cuando se le preguntaba sobre la naturaleza de estos ruidos, Eliphas se volvía con frialdad y, mirando al investigador con una mirada gélida, murmuraba algo sobre problemas con su radio.

Naturalmente, comprenderá cuán perturbadoras fueron estas cosas. Y como yo tenía una deuda con mi tía Eulalia que no me atrevo a explicar aquí, sentí que me correspondía hacer una breve investigación sobre los hechos alrededor de Eliphas. Aseguré la entrada a la mansión Snodgrass por medio de mi tía, quien me invitó a acompañarla en una visita social.

No había puesto un pie en la casa cuando sentí su aspecto extraño y melancólico. Parecía haber algo en el aire, una sensación de expectación como si algo, no sé qué, estuviera acechando, esperando un momento para atacar. Un olor curioso pareció flotar en mis fosas nasales, un hedor extraño como de algo mohoso y muerto hace mucho tiempo. Me sentí preocupado.

Eliphas entró poco después de mi llegada. Había estado en alguna parte, no sabía dónde, y me pareció que sus zapatos estaban curiosamente sucios, como si hubiera estado cavando profundamente en la tierra polvorienta; su cabello estaba curiosamente desordenado. Me habló con bastante cortesía y se interesó mucho cuando se enteró de que estaba estudiando en la Universidad de Miskatonic.

Me preguntó animadamente si había oído hablar de la famosa copia del Necronomicón del árabe loco Abdul Alhazred, que es una de las posesiones más preciadas de la Universidad. Me vi obligado a responder de forma negativa, a lo que pareció extrañamente disgustado. Por un momento, pensé que se iría abruptamente, pero luego se contuvo, hizo un movimiento extraño en el aire con el pulgar y el índice de su mano izquierda y comenzó a hablar del clima singular que habíamos estado teniendo.

Había comenzado siendo un verano inusualmente caluroso, pero hacía unos días el clima había cambiado repentinamente hacia un curioso frío seco. Por la noche se levantaba un viento que parecía descender de las colinas más allá de Arkham, trayendo consigo un extraño hedor a pescado. La mayoría de los veteranos comentó sobre su rareza, y uno o dos lo compararon con el extraño viento del Día Oscuro de 1875, sobre el cual no se atrevieron a hablar.

Vi a Eliphas Snodgrass varias veces más ese verano, y cada vez parecía más preocupado y extraño que antes. En un momento me arrinconó y me suplicó que intentara tomar prestado para él el volumen de Alhazred de la biblioteca. El bibliotecario, un hombre de lo más erudito, le había negado el acceso, y evidentemente tenía como práctica negarse a consultar ese libro, y otros de su clase, a personas nerviosas.

Recuerdo bien la noche del 10 de septiembre. Había comenzado como un típico día caluroso de finales de verano; al anochecer hizo frío y, al ponerse el sol, se levantó un viento fuerte. Las nubes oscuras parecían surgir de la nada y en poco tiempo un vendaval soplaba desde las colinas y los relámpagos crepitaban en la distancia.

Alrededor de las doce, se produjo una curiosa pausa que duró unos diez minutos. Lo recuerdo bien porque en ese momento un hedor a humedad se filtró en la ciudad, empapando cada casa y cada persona. Había estado leyendo hasta tarde y me detuve cuando el olor me asaltó, y me di cuenta de que la tormenta había cesado. Me acerqué a la ventana, corrí las cortinas y miré hacia afuera.

El cielo estaba completamente negro. Había una quietud embarazosa en el aire, y una niebla fina y miasmática flotaba por todas partes. Entonces, como un rayo, se escuchó un terrible trueno y con él un sorprendente relámpago verde que pareció caer en algún lugar de Arkham. Recuerdo que me asombró el hecho de haber escuchado el trueno antes de ver el relámpago, en lugar de después.

Inmediatamente después de este notable fenómeno, la tormenta estalló con renovada furia y continuó varias horas más.

Me despertó por la mañana el insistente timbre del teléfono. Mi tía llamó a mi puerta poco después y me pidió que me vistiera. Parecía que era la casa Crombleigh la que había sido el punto de impacto del rayo. Nada resultó dañado, pero Eliphas Snodgrass no estaba por ninguna parte.

Me apresuré. A medida que me acercaba a la casa, podía sentir el olor y, al cruzar el umbral, quedé prácticamente abrumado por el olor a pescado muerto y en descomposición que impregnaba el lugar. El hedor había llegado cuando cayó el rayo, me dijo la señora Snodgrass, y estaban tratando desesperadamente de ventilarlo. Había sido mucho peor de lo que era ahora.

Venciendo mi repugnancia, entré y subí los escalones de la habitación de Eliphas. Estaba en un terrible desorden, como si alguien se hubiera marchado apresuradamente. Me dijeron que había empacado un bolso. No había dormido en su cama, eso era evidente. La habitación estaba sembrada de libros, manuscritos, papeles, diarios y curiosas reliquias antiguas.

Durante los días siguientes, mientras la policía estatal y las autoridades federales en otros lugares realizaban una búsqueda inútil del joven Snodgrass, revisé los artículos que había encontrado en su habitación. Me estremezco ante las terribles notas y las cosas que implican.

En primer lugar, encontré una libreta, de esas que usan los niños para copiar lecciones, en la que me pareció percibir una serie de pistas. Evidentemente, Snodgrass guardaba memorandos en él. Había un recorte amarillento de un periódico de San Francisco, que decía en parte:

CARGUERO EN EL PUERTO CON UNA EXTRAÑA HISTORIA.

Llega el Kungshavn con una historia de mares hirvientes e islas que se hunden.

»San Francisco: El carguero sueco Kungshavn llegó hoy al puerto con su tripulación contando una extraña historia sobre una tormenta en el mar y manifestaciones casi increíbles. La mayoría de la tripulación se mostró reacia a hablar de ello, pero, al parecer, una tormenta repentina azotó el barco dos días fuera de Nueva Guinea, y una terrible tromba marina persiguió al barco durante cinco horas en la penumbra. También se habla de una isla que parecía hundirse en el agua burbujeante, casi hirviente, ante la mirada atónita de los tripulantes. El tercer oficial, Swenson, que parecía profundamente abrumado por la experiencia, siguió rezando y murmurando acerca de un terrible demonio o monstruo marino al que llamaba Kichulu o Kithuhu.»

El recorte continuaba durante varios párrafos más, dando principalmente más detalles sobre lo anterior.

A continuación, apareció otro recorte del mismo documento, pero fechado varios días después. Este informaba la muerte repentina de Olaf Swenson, un miembro de la tripulación del Kungshavn, que fue encontrado en un callejón de San Francisco con la cara arrancada a mordiscos.

Junto a este recorte, la letra curiosamente garabateada de Eliphas Snodgrass decía: Kichulu, ¿se refiere a Cthulhu?

Esto no significó nada para mí en ese momento. ¡Oh, si lo hubiera hecho! Quizás todavía podría haber salvado a Eliphas.

Luego había una nota con la letra de Eliphas:

«Martes debe pronunciarse el Canto de Dhol seis veces. Hastur es ascendente. ¿Dagón yacente? Investigar. Ver a Lovecraft sobre el encantamiento adecuado para Yog-Sototh. Pygnont dice que tiene una copia de Eibon para mí. Debo escribirle para enviarlo por mensajero especial. Siento que el tiempo está cerca. Debo consultar a

Alhazred, debo encontrar la manera de obtener el volumen. Todo está en el libro del viejo árabe; él falló; yo no puedo. Tan poco tiempo. Se acerca el Día de la Oscuridad. Debo estar listo. Lloigor, protégeme.»

Después de esto había un fajo de páginas repletas de lo que parecían configuraciones químicas y astrológicas.

Me sentí muy perturbado después de leer lo anterior. Fue tan fuera de lo común. Solo tengo una cosa más que mencionar sobre esa investigación. En el techo de la habitación de Eliphas había una curiosa y ancha marca húmeda. Sabía que el techo tenía goteras, pero aún así era siniestro.

Poco a poco, la ciudad volvió a la normalidad. ¡Normalidad! Cuando pienso ahora en el horror que se produjo entre nosotros, me estremezco de que podamos decir cosas como «volver a la normalidad». El hedor en la casa de los Snodgrass disminuyó gradualmente.

Volví a mis estudios y pronto casi me había olvidado de Eliphas. No fue hasta principios del invierno que el asunto volvió a surgir. En ese momento, la señora Snodgrass llamó para decir que había escuchado pasos en la oscuridad de la noche en la habitación de Eliphas, y pensó que había escuchado conversaciones: sin embargo, cuando llamó, no había nadie allí.

Regresé con la señora Snodgrass a la mansión Crombleigh y volví a entrar en la cámara de Eliphas. Había ordenado la habitación, archivando cuidadosamente los papeles y objetos. Pensé que nada estaba fuera de lugar hasta que, por casualidad, miré hacia el techo. Había pisadas húmedas contra el yeso blanco del techo, pisadas que iban desde lo alto de la puerta hasta donde se abría el gran armario.

Fui de inmediato al armario; a primera vista no encontré nada. Entonces noté un trozo de papel tirado en el suelo. Lo recogí. En él estaba escrita una palabra con la caligrafía del desaparecido. Solo una palabra: Alhazred.

Tan pronto como estuve libre, fui a la Universidad de Miskatonic y obtuve el permiso para leer ese maldito volumen de Abdul Alhazred. ¡Ojalá no lo hubiera hecho! ¡Ojalá hubiera olvidado todo el asunto!

Nunca olvidaré el terrible conocimiento que entró en mi cerebro durante esas horas en las que me senté leyendo las páginas llenas de horror de ese libro repugnante. Las anomalías demoníacas que asaltaron mi conciencia con una verdad indiscutible sacudirán para siempre mi fe en el mundo. El libro debería destruirse; es la enciclopedia de la locura. Toda esa tarde leí esas páginas llenas de enfermedad y fue hasta bien entrada la noche cuando me encontré con el pasaje que respondió a mi acertijo. No repetiré esas palabras, no me atrevo. Sin embargo, retrocedí aterrorizado;

lo que vi allí fue un horror múltiple. Y supe que debía actuar de inmediato, esa misma noche, o todo estaría perdido. Quizás ya todo estaba perdido.

Salí corriendo de la biblioteca a la oscuridad de la noche.

Caía una nieve extraña, una nieve curiosa y parpadeante que caía como fantasmas en la oscuridad. Corrí a través de varias cuadras interminables de casas antiguas hasta la mansión Snodgrass. Mientras bajaba por la calle, creí ver un destello verde delineado contra el techo. Redoblé el paso y corrí hacia el porche y golpeé la puerta.

Eran cerca de las doce y pasó un tiempo antes de que la familia me dejara entrar. Rápidamente dije que tenía que hacer otra búsqueda en la habitación de Eliphas y me permitieron pasar. Corrí escaleras arriba y abrí la puerta de su habitación. Estaba oscuro y encendí la luz.

¿Olvidaré alguna vez lo terrible que vi allí?

El horror, el pavor, la locura parecían demasiado para que la mente humana los soportara. Apagué la luz de inmediato y, cerrando la puerta, huí gritando a la calle.

Un incendio furioso se desató inmediatamente después y quemó esa casa maldita hasta los cimientos. Una cosa tan condenable no debe estar, nunca debe estar, en este mundo.

Si el hombre supiera la locura aullante que acecha en las entrañas de la tierra y las profundidades del océano, si pudiera vislumbrar las cosas que aguardan en las vastas y vacías profundidades del espantoso cosmos. ¡Si supiera el significado secreto del parpadeo de las estrellas!

Si el hombre supiera estas cosas, creo que ese conocimiento quemaría los cerebros de cada hombre, mujer y niño sobre la faz de la Tierra. Tales cosas nunca deben ser conocidas. Nunca se debe permitir que semejante maldad indescriptible e insondable se filtre en las mentalidades de los hombres para que no se conviertan en caos y locura.

¿Cómo voy a decir lo que vi en la habitación de esa casa maldita? Cuando abrí la puerta, allí, sobre la colcha, revelado por el repentino destello de la luz eléctrica, ¡yacía el dedo gordo todavía tembloroso de Eliphas Snodgrass!